

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Empiezan los espárragos a asomar sus cabecitas malva-rosa, en los puestos caros y de lujo. No están los espárragos, por ahora, al alcance de todas las fortunas, ni mucho menos. Son todavía bocado de cardenal. Se venden casi a peso de plata. Pero, desde que aparecen el espárrago y la alcachofa, puede decirse que estamos en plena primavera. La visión del invierno gélido ha desaparecido; ha desaparecido la tembladera de frío y de nieve que tuvo a Madrid tantos días enfermo de gripe y de catarro; se han ido las nubes, arrastradas y bebidas por un sol digno de la idea que se forman los extranjeros del sol de España...

Y ya se pregonan también, por las calles, violetas y jacintos, narcisos, resedá, sin hablar de los claveles. Pronto andarán por dondequiera los borriquillos, cargados con macetas y tientos de geranios, pensamientos y palmeritas pequeñas, nota alegre en medio de la nota repulsiva de los enormes carrárganos que infestan a la capital, y de los cuales, muchas veces, cuelgan piernas de buey ensangrentadas.

Estos tales carrárganos no se pueden sufrir. Atravesados en todas partes, hacen más que peligrosa la circulación de coches y de transeúntes. No es fácil prever la dirección que les placará tomar, porque la reata de cuatro mulas y un burro describe esos caprichos, y tan pronto está en la acera como en mitad del arroyo, enredada y apelonada sobre sí misma. Intentó, según creo, el alcalde de la villa, vizconde de Eza, corregir este abuso; pero, ¿quién corrige ningún abuso aquí? Es lo mismo que las colgaduras y pabellones de ropa interior en los balcones: continúan y continuarán, mientras Madrid sea corte; y si dejase de serlo, es una suposición, porque ocurriesen sucesos revolucionarios, entonces puede que no fuese sólo ropa lo que colgase de los balcones... La decoración de calcetines, calzoncillos y pañales ha venido a ser como un detalle de ornato público; ornato entendido a la manera primitiva, pero al fin, género de ornato, y revelación muy estimable de que buena parte de los moradores se muda la camisa y usa toalla.

* *

Con estas costumbres tradicionales forma contraste la invasión de otras que traen el sello de lúes tierras; que, para decirlo en una sola palabra, señalan la invasión de eso que en Francia se llama el americanismo. Me refiero al tango o, por mejor decir, a los bailes atangados, que están dando mucho que comentar. Yo, ante todo, declaro que no he visto bailar el tango ni cosa que se le parezca, porque, con mi luto, no voy aún a sitios en que se rinda culto a Terpsícore. Hablo pues de memoria, cosa reprochable en un cronista, pero que no deja de suceder con frecuencia.

Así, las opiniones encontradas me han puesto en tal confusión, que no sé verdaderamente qué pensar del tango, es decir, del tango que se baila aquí, en los hoteles principalmente, pues ignoro si en algún salón ha llegado a penetrar. Según unos, es cosa muy inmoral y libre de acciones y posturas, y no sólo bailar, sino verlo bailar hace subir los colores a la cara. Según otros, no es más que una danza graciosa y gentil, que, rompiendo con el clasicismo del antiguo vals, sugiere algo de vida moderna, de júbilo juvenil; en suma, un baile que exige pocos años, gallarda apostura y arte para la plástica. Me inclino a esta segunda versión; y no porque sea benigna, sino porque es verosímil. Si lo que se baila en esos grandes hoteles fuese tan escandaloso, ya no se seguiría bailando, al menos en presencia de un con-

curso escogido y más bien aristocrático, al menos en su mayoría. Sin constituir un espectáculo edificante, el tango no será tan desmandado y verdegay; pues, ya satisfecha la curiosidad primera, hubiesen ido desertando las damas concurrentes. Puesto que esta moda, de suyo efímera, continúa, es que ha podido adaptarse al sentido general, a los hábitos, más bien pacatos, de los altas clases madrileñas.

También se arma gran revuelo por las faldas rajadas y los vestidos repingados delante, simulando lo que adivina el piadoso lector. Y tampoco en esto conviene alarmarse más de la cuenta. No se ven muchas faldas que dejen asomar arriba del tobillo. En España, hubiese sido difícil otra cosa. Recuerdo que, hace años, cuando estuve en Francia a dar una conferencia, me dijo la embajadora de España:

— En todo París no hay más mangas que las de usted y las mías.

Se refería aquella simpática señora al hecho de que, por entonces, en París, los trajes de baile y sociedad no tenían manga alguna, yendo sostenidos en el hombro por un cordón de flores, un hilito de perlas, o cualquier friolera del mismo jaez. Y éramos dos españolas, que no entrábamos por lo sucinto del atavío, y conservábamos la idea de que los brazos se han de meter por las mangas, precisamente. La supresión de la manga, sin embargo, se consumó; pero en Madrid (con excepciones), siguió habiendo mayoría con mangas.

Hoy, el decreto de los modistos al rajar la falda, sin ser descatado, se cumple del modo más tímido y vacilante. Siempre son una singularidad las que enseñan algo sobre la garganta del pie.

Por eso no conviene tanta alarma. Las cosas varían menos de lo que parece. Y, extremando el optimismo, hasta cabe suponer que esta variación es un grano de levadura, que alza la pasta, sin ella indigesta y sosa, del diario vivir.

Si el tango de los hoteles fuese esa abominación que nos describen, vamos, no sólo no lo presenciarían tantas damas de calidad, sino que no lo bailarían muchas señoritas de lo más entonado. Porque lo bailan, y hasta con fervor.

* *

He observado que ese espectáculo y diversión que ofrecen los hoteles, de seis a ocho de la tarde, y que es bastante caro, sobre todo para familias numerosas, está siempre concurridísimo, y lo mismo sucede con los teatros, donde tres horas antes de empezar la función, es raro encontrar palcos ni butacas. De ello deduzco que hay más dinero del que se creyera a primera vista, pues ricos y pobres se lo gastan con tanto garbo en divertirse. Ayer, en el Teatro de París, donde se representaba la zarzuela (o drama lírico, para hablar más a la moderna) *Las golondrinas*, que tanto ha gustado, asustaba, literalmente, aquella aglomeración de concurrencia, aquel negrear de cabezas en las localidades baratas, donde, igual que en las caras, no cabía un alfiler. Se pensaba en un fuego, en un alboroto, y se experimentaba cierto miedo al monstruo de mil cabezas, ¡el público! No he visto uno lleno semejante. Ahora bien, cabe afirmar que dos veces por semana, cuando menos, se llenan igualmente otros teatros, como Apolo, el Cómic, la Comedia, y no es inferior la afluencia en los secundarios y en las *variétés*. Hay gente para todo. Hay dinero para cuanto gusta.

No hemos de negar la miseria que se sufre en Madrid, porque, sinceramente, y aun cuando descontemos la ficción y el industrialismo, la mendicidad no es toda ella farsa, y acusa este estado general de angustia, de falta de recursos.

Las indagatorias de los diarios acerca de cómo lo pasan en Madrid los menesterosos, los que no tienen casa ni hogar, apenas el alma, aprietan realmente el corazón, afligido porque no se ve remedio posible a tanto mal. Y, sin embargo, no son los opulentos, no son los millonarios, no son los rentistas, lo que llenan a colmo esos teatros y se hacinan en un ambiente malo de respirar, pagando a precios muy altos el asiento. Son gente que, por su aspecto, no parece ni acomodada. Dios sabe de cuántas cosas se privará, por no faltar al teatro o al cinematógrafo.

El único coliseo que he visto poco concurrido es el Español. Pero conviene advertir que lo vi en una noche en que ya la obra de los Quintero, *Los Leales*, se había dado muchas veces seguidas, creo que veintitantas. La obra estaba apurada, como se dice técnicamente. Y, además, la obra fué acogida por la prensa con severidad insólita, ahora que la indulgencia indiferente es la medida común. Tanto se extremó el rigor con esa producción, que casi estuve a pique de no verla; porque siempre algo influye en

nosotros la letra de molde. Con todo esto, acabé por querer enterarme personalmente. Y declaro que sin ser ésta la mejor obra de los Quintero, tiene dos actos muy agradables y bonitos.

El primero, de exposición, despierta interés, y prepara una comedia entre alegre y triste, regida por el conflicto del dinero, el más frecuente en nuestra sociedad. El segundo es cómico de buena ley, divertidísimo, y tiene un final dramático precioso. No me gusta tanto el tercero; pero no veo por qué han tratado tan duramente a la obra en su conjunto. He oído decir que porque tiene pretensiones de profundidad.

No he visto tales pretensiones. La tesis, si hay alguna, es que se debe trabajar, y que el trabajo no solamente mantiene, sino que hasta contribuye a la felicidad, animando y prestando objeto a la vida. Y como esto se oye a cada paso, porque se haya dicho una vez más en la escena no me parece lo bastante para tanto rigor. Siempre serán *Los Leales* género fino, y cuando logra tales éxitos un desatinado *vodevil* como *El orgullo de Albacete*, es sorprendente que todas las exigencias estén reservadas para una comedia que, lo repito, no será la perla del repertorio de sus ingeniosos autores, pero hace pasar una noche agradable.

* *

También es del género fino otra comedia que ha corrido mejor suerte: *En familia*, de Alvarez Insúa y Hernández Catá. Esta se ha estrenado en Lara, y ha sido muy bien recibida; es la primera vez que corren los autores los azares de la escena. La comedia es sana, optimista, dulce, con toques de ternura y gracia; y no podía encontrar auditorio más a propósito que ese público de Lara, honrado y deseoso de emociones suaves, en que lo festivo deje entreasomar una puntita dramática.

Esto de la composición del público es uno de los muchos datos que ha de tener en cuenta el que escribe para el teatro. Los públicos de Madrid varían mucho, llevan un sello especial. El público de Eslava se diferencia del de Lara, como una perdiz de un gorrión, o una ostra de una sardina. Todos son públicos, y, sin embargo, y aun cuando en la taquilla no le pregunten a nadie los años que tiene, y sea tan libre el adquirir una localidad, por selección natural se forma el núcleo de espectadores homogéneos, siempre el mismo en cada teatro, aunque se renueve cada noche, como no puede menos de suceder.

* *

Por esta razón de la composición de los públicos, no fué *La malquerida* en la Princesa un éxito tan franco como se supondría. Es decir: el éxito fué franco del todo, en lo tocante a reconocimiento de méritos; sólo que, en la Princesa, lo que no puede darse en sábados blancos al par que en los demás turnos, no llena por completo las aspiraciones naturales de los empresarios: hay plaza partida. Para el público elegante, indiferente al arte, y con exigencias de cierto idealismo al opopónax, *La malquerida* ha sido cosa arrolladora, pero no enteramente satisfactoria de su gusto. Yo he sorprendido ese matiz en las conversaciones. En *La malquerida* el ambiente es popular, humilde, aldeano; el lenguaje, fuerte y crudo, como suele ser en tales esferas; no hay asomo de una *toilette*; María Guerrero saca unos zapatos comprados donde los compran las paletas. Para mí, todo esto es un encanto, pero no es así para los abonados (hablo en general). En la obra la intensidad psicológica llega a su grado máximo en el acto tercero: y acaso por lo mismo, ese acto, que es el mejor, fué declarado el «peor», y pudo acarrear un fracaso, en vez de lo que fué esplendoroso triunfo. Y es que lo hondo y real no halla calor entre los espectadores elegantes. A bien que los estrenos, que deciden de estas cosas, no están compuestos sólo de tal contingente; y a bien que el autor de *La malquerida* tenía detrás de sí, protegiendo esta obra violenta y cruel, su larga historia y su gran prestigio... Así, pudo, sin que se le echasen encima, matar a un personaje en el primer acto, y a otro en el último; poner en escena asesinos y mostrar cómo, naturalmente, la pasión es el camino del crimen... Otro dramaturgo hubiese sido «meneado» quizás, porque se piden ahora platitos más ligeros, manjares más abuñolados... Fué justo que la obra triunfase, porque está llena de jugo; no hay tesis, hay vida. Mil veces justo, si. Pero, a no ser Benavente, ¿qué hubiese sucedido?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.